

# LA HUERTA DE ALICANTE.



SEGUNDA SERIE.—1866.

AÑO XXIV. 10



Nada hay más delicioso ni pintoresco que las hermosas huertas de Valencia, Murcia y Alicante. Aquellos terrenos son los mas excelentes para la horticultura. Su suelo profundo, ligero, llano, dividido en inmensos cuadros separados ellos mismos por estrechos senderos, capaces apenas de poder colocar un hombre sus dos piés; se halla cubierto en todo tiempo de vegetaciones escalonadas con tal arte y de tal modo, que sin cesar ofrecen nuevas cosechas.

Casi siempre el mismo cuadro contiene á un mismo tiempo tres clases de legumbres que van sucesivamente madurando.

Tan pronto como se ha recogido una cosecha, se arrancan las plantas, y se reemplazan por nuevas semillas.

Las producciones de la deliciosa huerta de Alicante, que llegan blandamente á besar las azuladas olas del Mediterráneo, consisten independientemente de las legumbres y hortalizas ordinarias, en melones esquisitos, deliciosas sandías, ricos espárragos y tiernas alcachofas, y en todas clases de primores de la vegetacion que surten, gracias al ferro-carril, las mesas mas delicadas de Madrid, cuando todavía esta muy heróica y coronada villa y corte, se halla bajo la presion de un hielo que apenas deja á sus vecinos mas intrépidos asomar las narices á la calle por miedo de que el célebre Guadarrama, y su no menos terrible compañero el Navacerrada, les manden un ligero y sutil sople, incapaz de apagar la luz de un candil, pero que en menos de veinte y cuatro horas mata de una pulmonía fulminante á un hombre, aunque sea mas fuerte y robusto que un toro de la ganaderia de Gaviria.

Hay que añadir una produccion considerable de granos y árboles frutales, que gozan de una justa y merecida reputacion, como son las bresquillas, especie de melocoton enano de esquisito sabor, pero de tan corta duracion, que apenas se conserva dos dias despues de arrancado del árbol, por lo que apenas los vemos en Madrid, y cuando llegan han perdido ya su brillante y aterciopelado color.

Tambien son muy nombradas sus acerolas encarnadas y blancas, que parecen preciosas manzanas en miniatura.

Estos productos no se obtienen sin abonos considerables á las tierras, y así se ve á los que llaman *fermalers*, basureros, recoger cuidadosamente por las calles de los pueblos y los caminos, el estiércol de las caballerías, apenas se han desprendido casi de sus cuerpos.

Si la huerta de Alicante fuese abundante en aguas, su terreno no tendria nada que envidiar al delicioso eden en que Dios colocó al primer hombre en el momento de su creacion.

La huerta de Alicante es escasa de aguas por lo seco de su clima, y solo se riega su feracísimo suelo con las aguas llovedizas que cuidadosamente se guardan en un pantano, y en cuya distribucion á los regantes por horas y hasta por minutos, se observa una justa y sabia legislacion, apreciablesimo legado de la dominacion de los árabes en nuestro país.

En casi todas las haciendas hay pozos y cisternas que se llenan con las aguas del pantano.

Muchas veces se ve en estos pozos á las hortelanas lavar á las ocho de la noche las hortalizas, que ellas mismas, montadas en su borrica, van á llevar al mercado de Alicante y de los pueblos inmediatos, á las tres de la madrugada.

Cuando no van al mercado, al despuntar el dia con el azadon en la mano están ya trabajando en la huerta.

Muchos hortelanos viven cómoda y desahogadamente.

Sus habitaciones entapizadas de enverjados de parras, jazmines y pasionarias, están cuidadas con esmero y limpieza: son cómodas, ventiladas, y al lado de las puertas tienen un cercadito formado de cañas, donde crían las plantas y flores delicadas en el invierno, de las que hace la hortelana graciosos ramos que coloca sobre su carga de verdura, y que despacha muy bien al llegar al mercado de Alicante ó de los pueblos.

No hay el menor rincón en la hacienda que no esté hábil y cuidadosamente aprovechado. Sobre el techo del pajar ó sobre las paredes de carga del patio se ven puestas á secar las enormes calabazas, cuyas hermosas hojas se arrastran por el suelo. Todas las paredes están cubiertas de parras ó guarnecidas de espalderas donde se ven albaricoques, pávias y otras frutas de las mejores especies.

El pozo mismo, porque allí no hay corrientes de aguas, está cubierto de una especie de verde dosel que le dan sombra las parras, jazmineros y rosales trepadores.

Los hortelanos de la huerta de Alicante, gracias á su inteligente actividad, obtienen todo cuanto de sí puede dar la tierra, y no necesitan como en otros ingratos países, fatigarse mucho en su cultivo por la superioridad del terreno favorecido por un clima escepcional, siempre templado, benéfico y fecundo.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## UNA VELADA EN EL SIGLO XII.

(Conclusion).

V.

Como el objeto de la caravana de que formábamos parte, era llegar hasta las orillas del Jordan y volver por el mismo camino á embarcarse en el Mediterráneo, nos detuvimos poco en la Ciudad Santa, esperando al regreso visitarla mas despacio. Así es que habiendo descansado algunos dias, nos dimos cita fuera de la puerta de Damasco, y una tarde á las cinco emprendimos la marcha con intencion de pernoctar en Belén. Dirigiéndonos á la izquierda y pasando unas ramblas al pié del monte Sion, trepamos una montaña por cuya cumbre anduvimos una hora antes de llegar al convento de San Elías, donde nos enseñaron á la orilla del camino un olivo y una peña, bajo la cual el Profeta se detenía cuando iba á Jerusalem. Dejando á un lado el sepulcro de Raquel, en el campo de Ramá, no tardamos despues de anochecido en descubrir en el monte las luces de la aldea, penetrando al mismo tiempo en un camino áspero y estrecho.

Desde allí hasta el Jordan era la marcha peligrosa en extremo, infestada como se hallaba toda la comarca de numerosas bandas agarenas que, escitadas por su eterna propension al robo, encontraban adecuado pretesto en la diferencia de culto para desvalijar á los peregrinos, salteando en su tránsito forzoso á las caravanas, poniendo á rescate hombres y mujeres y señoreando el país de tal manera, que ocasion hubo en que llevaron sus correrías hasta las puertas de Jerusalem, retirándose tranquilos sin que nadie les inquietase á depositar el fruto de sus latrocinios detrás de las montañas que separan el Desierto de la Palestina, de las cuales se arrojaban á devastar la llanura.



En vano la terrible espada de Balduino había querido exterminarlos, pues desvaneciéndose ante ella como la niebla á los rayos del sol, volvían á renacer multiplicados cuando el valeroso caudillo, ocupado en empresas de mayor consecuencia, abandonaba su persecución; únicamente algunos caballeros consagrados con voto solemne á la defensa de los caminantes, á quienes su ardiente fé conducía á través de peligros sin cuento á lanzar acaso el último suspiro en los lugares testigos de la redención, contenían la furiosa rapacidad de aquellos bandoleros arrancando de entre sus manos innumerables víctimas (1).

Estas azarosas circunstancias nos hacían á todos caminar recelosos, si bien cercana la ciudad de Belen contábamos seguro el sosiego por aquella noche, y nosotros especialmente quedar desembarazados para en adelante, una vez depositada Azzahara en el monasterio á que la conducíamos. Ya casi tocábamos las tapias del pueblo, y la seguridad mas completa, unida á la frescura del viento, infundía en los viajeros un excelente buen humor que cada cual manifestaba á su manera, cuando un agudo y triste gemido, á semejanza del aullido del chacal, vino á turbar las serenas armonías que la naturaleza ostenta en las plácidas noches de verano: otro quejido contestó al primero, y luego otro se oyó á la parte opuesta sin intermedio entre ellos, volviendo todo á quedar en silencio. Ninguno dió importancia á este incidente, aunque de muchos fué notado, antes bien sirvió de pretexto á las burlas de algunos, mal empeñados en remedar el lastimero grito cuanto mas escitada veían la hilaridad general por su poca destreza. Solo un camellero de los que venían inmediatos se acercó á mi oído, y en la jerga, mezcla de europeo y árabe que usan para entenderse en todos los puertos de Levante, me dijo lleno de susto:

—¡Estamos perdidos! Lo que esos creen aullidos de fieras no son sino señales de los indómitos *beni-leilas*, que nos tienen cercados y pronto caerán sobre nosotros: arroja las armas, porque si tratas de hacer resistencia eres muerto sin remedio.

Apenas había pronunciado estas palabras una saeta pasó silbando sobre nuestras cabezas, algunas otras la siguieron, y dos ó tres viajeros cayeron atravesados, cambiando en sobresalto sus dolorosos ayes el alegre regocijo de la caravana, tan de improviso acometida, que al verse la mayor parte de sus individuos atropellados por los caballos, aun preguntaban admirados, tratando de separar de sus pechos las agudas lanzas mahometanas, el origen de tal desafuero, antes sentido que imaginado.

Pocos momentos fueron necesarios para que nos viésemos á merced de los feroces enemigos que por todas partes nos rodeaban: ni la sorpresa dió lugar á la resistencia, ni hubo ninguno tan loco que la intentase; antes bien cifrando nuestra esperanza en obedecer humildemente, emprendimos silenciosos, desarmados y aligerada la bolsa, la precipitada marcha al compás y en la dirección que les plugo imponer á nuestros raptos.

Habíamos caído en manos de una de las tribus mas guerreras y temibles de toda la Siria: el nombre de *beni-leilas* (hijos de la noche) con que se conocía á los que formaban parte de ella, indicaba el espanto que habían llegado á infundir: tan obstinados en los combates como implacables después de la victoria, nunca se les oyó pedir gracia ni conceder perdón á los vencidos de que no esperasen servi-

cios de importancia ó rescate considerable: cubiertos de una especie de túnica de pelo de cabra, montados en magníficos caballos acostumbrados á su voz y á correr por los arenales sin dejar apenas rastro de su huella, se aventuraban á cualquier expedición por lejana que fuese sin mas provisiones que un saco con algunos puñados de harina y un odre lleno de agua, suficiente despensa para hombres de sobriedad tan maravillosa. Dotados de músculos flexibles como el acero, enjutos de carnes y ennegrecido su rostro por el sol de los trópicos, no carecerían de hermosura á no ser por el aire agreste que su barba rala y descompuesta y la fiera mirada de sus grandes ojos negros comunican á su fisonomía. ¡Ah, señor! estas hordas, convocadas en nombre del fanatismo por el impostor Mahoma, se hicieron dueñas en poco tiempo de las mas florecientes regiones del Asia, inundaron el Egipto, y no bastando la Mauritania á contenerlas, pasaron á nuestra querida patria como instrumentos del Altísimo á castigar en ella la degradación del pueblo godo, que sufrió impasible los torpes escándalos de Witiza y Rodrigo. Si una vez mas se levanta entre esas tribus, hoy diseminadas á la ventura, un genio poderoso capaz de dirigir su ardimiento, ¡Dios ayude á los cristianos de Oriente porque están reservados á grandes pruebas!

Sin embargo de la mucha prisa que manifestaron en un principio los salteadores, á fin de poner á salvo el fruto de sus rapiñas en sus madrigueras acostumbradas, no fué de gran fatiga la jornada, interrumpida á cada momento por continuas detenciones y rodeos, de suerte que ya se vislumbraba la claridad del alba cuando llegamos á las inmediaciones del torrente Cedron. Era evidente que recelosos de algun peligro, desconocido para nosotros, no juzgaban acertado aventurar sus pasos sin explorar los desfiladeros y peñascales de la campaña. Pronto vimos de manifiesto la causa de tantas precauciones.

Al revolver un elevado cerro inmediato á la salida del valle que se extiende á corta distancia donde comienzan las escabrosidades que forman el lecho del torrente, descubrimos á la dudosa claridad de la mañana como una tropa de caballería que se encaminaba hácia nosotros. Inmediatamente los *beni-leilas* se dispusieron á salir al encuentro, dejándonos en tanto apiñados entre los camellos al cuidado de algunos pocos de los suyos, sin duda los menos á propósito para el combate, pero bien determinados á dar fin á nuestra vida al movimiento mas leve que hiciésemos con objeto de ponernos en salvo. En esto una bocanada de aire aventando el polvo de la llanura nos permitió distinguir claramente el bien formado escuadrón que hácia nosotros seguía marchando, el brillo de sus armas, la cruz dorada en campo de gules flotando en su estandarte, y hasta el escaso número de sus hombres de guerra en proporcion á la muchedumbre contraria con quien tendrían que habérselas dentro de poco.

Eran escasos, sí, empero, voto al señor San Jaime, que también alentados y bizarros sin segundo entre los primeros, porque en lugar de amilanarse á vista de la estensa línea de jinetes sarracenos que, ensordeciendo el aire con voces estridentes y guturales, corrían á cerrarles el paso, se les vió al toque de marcial bocina hacer alto, estrechar las distancias, poner primero al paso los caballos, y por último sueltas las riendas y picando espuelas, partir á toda carrera hasta chocar el pretal de sus bridones con el de los corceles enemigos á la voz de ¡Dios lo quiere!

Aunque muchos cayeron derribados de la silla en el primer encuentro, ningún bando pudo contar ventaja en

(1) Animadas de idea tan generosa se formaron después las órdenes militares de Hospitalarios y del Templo.



favor suyo, y como la ira no daba lugar á retroceder un punto, fueron las lanzas consideradas embarazosas en tan corto trecho, saliendo á medirse las cimitarras damasquinas con el noble acero de los soldados de la cruz. Desde un principio, aprovechando la ventaja que su número les daba, trataron los árabes de cercar á los cristianos, así como estos pugnaban por romper el centro de sus contrarios, para una vez desunidos poder mejor exterminarlos. La resistencia que cada cual encontraba en su enemigo, mezclados como se hallaban á la sazón, era causa de que la pelea hubiese llegado á un grado de encarnizamiento imposible de pintar: los unos no sabiendo dejarse vencer, los otros acostumbrados á la victoria, ni asestaban golpe que no costase una herida, ni descargaban el brazo si no con impulso sobrehumano. Pero al cabo de reiterados esfuerzos, los mas arrojados batalladores yacían muertos ó heridos; la intrepidez iba dando lugar á la fatiga, y el ruido atronador que hacia poco ensordecía los aires, se habia convertido en una especie de alarido lúgubre y prolongado: sólo entre tantos el jefe del escuadrón cristiano parecía crecer en ardimiento á medida que se agotaban las fuerzas de todos; un ancho surco señalaba el camino por donde precipitaba su caballo, negro como la noche, y los agarenos huían espantados exclamando al verle acercarse:—¡El anacoreta del Cedron! Maldiga el Profeta su nombre.—No carecía de fundamento esta cobardía, porque la terrible hacha de armas del caballero jamás se levantó aquel día sin arrebatarse una vida. La cota que le resguardaba, su pequeño broquel y el capacete que cubría su cabeza, abollados y rotos en varias partes, daban claro testimonio de los graves peligros á que habia espuesto su persona, porque nunca podrá verse quien desprecie los riesgos con indiferencia tan absoluta. El detuvo á varios de los suyos que se retiraban acosados por fuerzas superiores, y arremetiendo nuevamente consiguió con aquellos fugitivos transformados en héroes, aportillar las cuadrillas musulmanas, y revolviendo sin dejarles respiro completar su derrota en breve espacio. Por todas partes comenzó la persecución y matanza contra los beni-leilas, imposibilitados de oponer ninguna seria resistencia; pero aun vivía su caudillo, que temblando de cólera, brotándole fuego por los ojos y ronca la palabra, juró quedar en el campo antes que volver la espalda á los cristianos y blandiendo una pesada lanza que le alcanzaron para el caso, con ella en ristre se precipitó á toda brida sobre el jefe cruzado, encontrándole de lleno en términos que, rompiendo el duro hierro las mallas de la cota, penetró gran parte en un costado del adalid. Yo le vi entonces rápido como una serpiente hollada, coger el asta con la siniestra mano, sacarla roja y humeante de la profunda herida, al paso que levantando su potente brazo dejó caer el hacha fortísima sobre la cabeza de su adversario, en la que se clavó silbando dividiéndola en dos mitades con el sonido ágrío y casajoso que produce una caña al troncharse. El caballo del islamita falto de guía, partió sin tino, llevando enganchado en los estribos aquel cuerpo mutilado y sangriento á destrozarse contra las peñas que erizaban el terreno, mientras el caballero de la cruz caía en nuestros brazos falto de conocimiento.

Desde que la fortuna empezó á mostrarse favorable á los cristianos habíamos sido libertados por un destacamento que logró á poca costa apoderarse de los bagajes enemigos con muerte de la mayor parte de sus guardadores, gracias á los esfuerzos no despreciables con que ayudamos su valor. Durante las alternativas de la lid tuve la

suerte de socorrer, unido á varios peregrinos que me rogaron les comandase, á dos jinetes occidentales acosados por un tropel sarraceno que los tenían en harto peligro; servicio que me incitó á prestarles con mas interés la circunstancia de oírles explicarse en mi propia lengua lemosina, así como á seguir á su lado hasta el fin de la batalla, en la que tomaron parte todos los viajeros que pudieron encontrar un arma con que ofender á los infieles, y por cierto que habia entre ellos muchos amaestrados en lances de guerra que las sabían manejar hábilmente.

Agradecidos nuestros salvadores á este proceder, muy natural en quienes al obrar así defendían sus personas y bienes, formaron el generoso empeño de obligarnos, después de haber sido reintegrados en cuanto era nuestro, á partir con ellos el botín arrebatado al enemigo, alegando en abono de su dicho no ser justo fuésemos escludidos de las ventajas de una presa que tanto habíamos contribuido á ganar, y por mas que nosotros rehusábamos obstinadamente admitir una participación á que no juzgábamos tener derecho, á tal punto creció la noble porfía, que acordaron los mas autorizados de una y otra parte terminarla cambiando algunos presentes como señal de amistad y recuerdo perdurable, esperando juntos en union tranquila el fresco de la noche para reponerse del cansancio y marchar unos al mar Muerto, los cruzados á Jericó y nosotros á Belén, de donde nos apartaron los bandoleros.

## VI.

Ocupado estaba en acondicionar lo mejor posible á varios heridos de la funcion del día, cuando llegó uno de los compatriotas que dejó mencionados, y con semblante afligido me suplicó acudiese en caridad al lado de cierto caballero doliente, que necesitaba de mí para un asunto de conciencia.

Aunque extrañando la demanda no dudé un momento en seguir al mensajero, y juntos empezamos á caminar por las cañadas y derrumbaderos hasta parar en el mismo lecho del Cedron, enjuto y seco como siempre suele estarlo. Llegados allí se adelantó el soldado á subir por una especie de gradería perpendicular practicada en la Peña, compuesta de anchos escalones á manera de cornisas que conducían cómodamente hasta la cima de las cordilleras que forman el cauce del torrente; pero al ascender á la mitad paróse mi conductor á la entrada de una de las muchas grutas abiertas en aquel sitio, morada de los primeros solitarios, y volviéndose á ver si le seguía, me dijo cada vez mas conmovido:

—Aquí es donde se os llama para otorgar el perdón á un enemigo: preparaos á cumplir esta primera obligación de un cristiano y contemplar al mismo tiempo el espectáculo mas lastimoso que han podido considerar ojos humanos.

—Dios perdone mis deudas como yo perdono á mis deudores, le contesté; guiad delante, que á todo voy preparado.

Dicho esto entramos en el primer recinto de la cueva formado por una escavacion circular de poca anchura, baja de bóveda en cuanto podíamos estar derechos y pasamos á otra segunda estancia mas desahogada que la primera, donde una lámpara de cobre alumbraba la imagen de un santo crucifijo pintada sobre tabla dorada con aquella firmeza de tonos que los pintores bizantinos acostumbran dar á sus obras. De los muros naturales estaban colgados trofeos de armas cuidadosamente conservadas, en union de



varias disciplinas, cilicios, un sayo de penitente y otros varios objetos destinados á la vida retirada y ascética, protestando con los recuerdos austeros que infundían en la imaginación, contra la hermandad en que se hallaban al lado de los aprestos bélicos. Hacia el ángulo izquierdo de la fachada frontera al altar, yacía tendido sobre una cama de hojas secas colocadas en forma de cruz, un hombre gravemente enfermo, según las trazas, envuelto en un grosero cobertor de lana y asistido por un religioso, que sentado inmediato leía al paciente algunas devotas preces, en tanto que otros dos servidores acudían á desempeñar los menesteres propios del caso.

Mientras rápidamente observaba yo todos estos pormenores, tuvo lugar mi conductor de inclinarse hacia el dolorido caballero, pues daba claro indicio de su rango la compostura que guardaban á su alrededor, y decirle con respeto:

—Señor, el peregrino que mandásteis llamar, se halla en vuestra presencia.

Volvió el enfermo la cabeza con trabajo y reconoció en su faz severa, livida con el tinte de la muerte, la del jefe de los cruzados, á quien había admirado por la mañana ejecutando acciones dignas de los paladines de la Tabla redonda.

Fijó en mí su enturbiada vista y luego pronunció estas palabras en purísimo idioma lemosín:

—¡Es verdad, sí! No se han equivocado: á pesar de tantos años transcurridos juzgo que la memoria no me engaña. ¿Sois conocido en la Marca Catalana, tierra de vuestro nacimiento, con el nombre de Guillermo de Queral? —El mismo soy, caballero, que tendrá gran dicha si puede aliviaros en algo.

—¿Y no os recuerda mi semblante algún sugeto aborrecido, algún crimen espantoso, y juntamente algún personaje marcado con un sobrenombre terrible á quien hayais maldecido con horror?

—Señor, le contesté, solo recuerdo en vos ejemplos dignos de alabanza eterna; por lo demás, he procurado dejar al pie del Santo Sepulcro todas las malas pasiones de que se hallaba henchido mi corazón, y si tal vez encontrase á cualquiera á quien hubiese tenido la desgracia de aborrecer, solo le reconocería para pedirle perdón y hacerle beneficios.

—¡Desgraciado de mí, exclamó el moribundo, que juzgué me escusaría articular el dictado horrible que sin embargo de tanta espacion aun abrasará mis labios al pronunciarlo! porque sabedlo y compadeceadme; estais mirando á Ramon Berenguer, llamado el Fratricida.

—¡Vos! ¿qué oigo? ¿será verdad? dije sin poder contener un movimiento de repulsión.

—¿Lo veis? prosiguió aquel infeliz hablando con los que le rodeaban, mi nombre ha hecho su efecto acostumbrado. Y en seguida, estendiendo hacia el crucifijo sus brazos convulsivos: Ah, Padre bondadoso, continuó diciendo, confío que largos años de trabajos y peligros empleados en vuestro santo servicio, sacrificados por defender al débil contra la rapacidad del fuerte, me alcanzarán misericordia. Pero, Señor ¿la justicia humana ha de permanecer siempre inexorable?

—Perdon, señor, me apresuré á responder, tratando de remediar la imprudencia de mi arrebato, he sido frágil y no he sabido tener á raya los ciegos ímpetus de un corazón nutrido en las discordias intestinas; pero el alma de un soberano cual vos debe ser magnánima para despreciar se-

mejante debilidad, otorgando merced á un constante enemigo, convertido desde ahora en admirador de vuestras virtudes y dispuesto á proclamar por todas partes que si el mundo os atribuye el sobrenombre de Fratricida también es justo que os titule el Grande, el Conquistador, el Penitente.

—¡Oh y cuán inútil fuera vuestro empeño! No intenteis ese error, que el vulgo es loco y como de tal serán siempre sus fallos. Por lo demás, aquí no hay soberano que haya recibido ofensa ni menos tenga derecho á conceder gracia; solo hay un pecador atormentado por los remordimientos, que le obligan desde su lecho de muerte á rogaros le perdoneis por vuestra parte y en nombre de todos aquellos agravados por él y que no están aquí para escucharle, el mucho daño que pueda haberles causado con los escándalos y culpas de su estragada conducta (1).

—Por piedad, señor, no sigáis, pues si no mirara vuestras palabras como delirio de la fiebre, me quitarían el sentido; yo he sido el miserable, rencoroso y villano, indigno de besar la huella de vuestra planta....

—Deja, déjame continuar llamando á la puerta de la bienaventuranza eterna que ha de franquearme la pública confesión de mis pecados; advierte que el enemigo común anda muy vigilante en estos casos, y ya siento el hielo de la agonía apoderarse de mí ser como una creciente marea.

Callóse algunos momentos para tomar respiro, mientras nosotros embargados en la contemplación de aquella última lucha de la vida, guardábamos tan profundo silencio que solo el chisporroteo de la lámpara le interrumpía cuando el moribundo conde volvió á dirigirme la palabra, cada vez mas fatigosa y cortada:

—Si ya de vuelta á nuestra querida España refrieseis mi fin, nunca te olvides de atestiguar que en el supremo lance donde no hay hombre alguno que oculte la verdad, juré á tu vista por el nombre de Dios eterno, que ninguna parte tuve en la desastrosa muerte de mi hermano, ni mucho menos derramé su sangre, como infamemente ha esparcido la calumnia; solo fui negligente para castigar un crimen muy en consonancia con mi ciega ambición, que me proporcionaba el medio de usurpar sus dominios á la viuda infeliz y abandonado huérfano, si bien se los restituí con creces al desaparecer de Cataluña. Para esto te llamé: ahora un solo encargo pongo á tu cuidado. ¿Ves esa espada pendiente encima de mi cabecera? su limpio brillo nunca empañó la infamia, y se alzó tan solo para defender al desvalido: quiero ofrecerla á los pies de la imagen de María, á quien siempre me encomendé en las ocasiones, y te ruego desempeñes esta piadosa comisión despues de muerto yo, dejándola depositada en el santuario de Monserrat.

Al llegar á este punto abandonaron al enfermo las escasas fuerzas que hasta allí le habían sostenido. Viendo su postración y el sudor febril que inundaba su frente, uno de los servidores le aplicó á los labios una pequeña redoma, con objeto de hacerle tragar algunas gotas de cierto licor espirituoso contenido en ella; pero el manantial de la vida del arrepentido Berenguer se agotaba por instantes, y todos los esfuerzos solo consiguieron comunicarle el ánimo necesario para decir al religioso:

—Padre, llegaos acá, que ya es hora.

(1) Si el lector tiene curiosidad de saber la dramática historia de don Ramon Berenguer II, conde de Barcelona, puede consultar la página 248 del Museo del año pasado, número de noviembre.



Acercóse el sacerdote y comenzó á recitar las sublimes oraciones de la agonía, mientras nosotros, postrados ante el santo crucifijo, implorábamos la clemencia divina para el buen tránsito á la eternidad del alma próxima á dar cuenta de sus acciones. Así permanecimos hasta que todo concluyó.

## VII.

Después de haber dejado á la sarracena, enferma de mal de amores, bien recomendada en el convento de Belen, casa de salud de notables efectos para dolencias de tal naturaleza, si la voluntad divina no dispone quitar su eficacia á los medicamentos adaptados al caso, volvimos á tomar el camino de Joppé, donde nos embarcamos para Britania. Con feliz pasaje aportamos á las costas de Anglia sin detenernos hasta llegar á Londino, pues mi amigo contaba por siglos las tardas horas que le separaban de su familia y lugares donde pasó los primeros años, formando incanto proyectos de ventura, demasiado halagüeños para realizados. En efecto, la buena esposa de Gilberto había fallecido, dejándole esta nueva sumida en tan profunda pena, que, sin embargo de los esfuerzos que puse en juego por espacio de algunos meses para templar su dolor, tuve el sentimiento de separarme de él con objeto de emprender mis romerías sin que diese treguas á su tristeza.

La peregrinación que me había propuesto era quizá mas penosa que las anteriores, pues las islas Británicas están compuestas de territorios sumamente ágricos y desiguales, habitados algunos por gentes salvajes é inhospitalarias. La estremidad Sudeste posee un suelo granítico, y en la parte Norte, que no está cubierta de montes inaccesibles, abundan los terrenos pantanosos. En otros puntos no se encuentran mas que vastos arenales, abandonados por el Océano, ó estensas marismas cubiertas por las aguas del mar. Detenido por tantas dificultades para consumir mi deseo, tardé dos años en realizarle, visitando en este período la insula de Thanet, que recibió los primeros misioneros católicos; el campo donde se hallaba el templo y bosque sagrado del dios Wooden, incendiado por Coifi, gran sacerdote druida convertido al cristianismo, y la cruz plantada por Oswaldo, rey sajón de Northumbria, ante la cual, postrado con sus escasas tropas, imploró el favor divino al prepararse á combatir contra Cadwalla, rey de los bretones idólatras. Pasé luego á recorrer los parajes santificados por la presencia del apóstol de Hibernia, San Patricio, y desde allí, ansiando descansar, regresé á Londino á despedirme de Becket, según le había prometido, y también porque en ninguna otra parte hubiera encontrado embarcación que me condujese al continente.

Una hermosa mañana de verano penetraba por casa de mi amigo, sin haberme precedido aviso, con el desenfadado natural en quien espera ser bien recibido por un hombre libre de la justa reserva á que obliga el matrimonio. Había llegado á las habitaciones interiores, que sabía eran la estancia ordinaria de Gilberto, con ánimo de sorprenderle, cuando al desembocar en una de las salas le veo sentado en agradable intimidad al lado de una mujer que, aun mirada por la espalda, daba bien á entender el redondo y esbelto perfil de sus formas, era joven y de airosa figura. Se hallaba mi amigo, discretos señores, tomando lección de matizar en pergamino, y tan abstraídos maestra y discípulo, no sé si en contemplarse mutuamente ó en su labor de pincel, que tuve por acertado cesar desde luego en la observación

de aquel bello cuadro, haciendo algun ruido que indicase mi presencia á la bien avenida pareja. Dar un grito de alegría y arrojarle entrambos á mi cuello, fué cosa de un momento. Desembaracéme lo mejor y mas pronto que pude con objeto de reconocer la incógnita á quien debía tan tierno cariño, y aun después de mirarla regular espacio no podía acabar de persuadirme fuese la dama que tenía delante la sarracena á quien dejé novicia en el convento de Lazaristas de Belen.

—¡Tú aquí, Azzahara! la dije casi con espanto; ¿podré dar crédito á mis ojos?

—No te has engañado, contestó ella riendo al contemplarme tan suspenso; cumpliése el año que prometí tener espera, y ya hecha cristiana y trocado mi nombre por el de Matilde, corri en busca del iman de mis sentidos, cual ignorado arroyuelo que solo necesita campo libre á su curso para confundirse en el piélago que le atrae desde su nacimiento, aunque se interponga un mundo de distancia.

En efecto, sorda á cuantas reflexiones la hicieron, sin otra guía que la palabra *London*, único indicio que podía ofrecer del punto á que se dirigía, llegó á costa de penas y fatigas indecibles, á la morada de su anhelado amor, donde alcanzó el premio de tanto afán, uniéndose como esposa y señora al hombre de quien hubiera tenido á gran ventura ser llamada sierva.

Permanecí algunos meses bajo el techo hospitalario de los felices consortes, admirando el natural desembarazo que su nuevo estado había infundido en Azzahara, algo culpable de tiranía conyugal, muy á satisfacción de Gilberto, que la dejaba obrar á su placer, cada vez mas orgulloso de sufrir tan dulce dictadura. Un hermoso niño, á quien yo tuve en la pila bautismal, acabó de colmar la dicha de los nuevos desposados, después de cuyo acontecimiento me dispuse, con la ayuda de Dios, á volver á mi querida patria.

En este punto terminó su relación el peregrino: la veldada del castillo del noble Adefonsus concluyó al mismo tiempo, añadiendo solo algunas devociones propias de la época, que ahora no sería del caso referir; pero nosotros, aficionados á dejar las cosas sin faltarles tilde, aun añadiremos una circunstancia importante.

Cincuenta y dos años después de los sucesos referidos, el 29 de diciembre de 1170, á la hora de vísperas, recibía el martirio abrazado al ara, Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery, primado de Inglaterra. Esta ilustre víctima del poder absoluto, sacrificada por defender los fueros de la razón y con ellos los de la Iglesia, era hijo primogénito de Gilberto y Matilde, cuya novelesca historia hemos contado en las páginas anteriores. Corriendo el tiempo, Enrique II, por cuya orden se consumó el crimen, abandonado de todos, perseguido por sus propios hijos, rebelados contra su autoridad, oraba postrado de hinojos ante el sepulcro de Santo Tomás, poniéndole por intercesor para alcanzar perdón de sus muchas culpas.

DIONISIO CHAULIÉ.

## LOS DEBERES HUMANOS.

Al contemplarnos en medio de la portentosa creación que nos rodea por todas partes, al admirar la naturaleza



toda iluminada por los brillantes refulgores de un globo de fuego que majestuosamente se desliza por los espacios, al considerar la inmensidad de los mares, la suntuosidad del firmamento, cuajado de maravillosas estrellas, la riqueza del suelo que habitamos y que nos brinda con los mas variados y sabrosos frutos, la multitud de seres que pueblan la tierra, todos de finísima é inimitable organizacion, nuestra alma se asombra de la debilidad fisica y moral del hombre, y reconoce en seguida la existencia de un Ser poderosísimo y sabio hasta lo infinito, artífice inmortal del mundo entero.

Al contemplar el inmenso panorama que se despliega á nuestra vista desde cualquier punto en donde nos hallemos, al considerarnos insignificantes y endebles seres en medio de la estraordinaria mole de la tierra, con sus innumerables y elevadísimas montañas, sus soberbios y caudalosos rios, sus dilatados é imponentes bosques, siempre juguets de la furia de los elementos, luchando siempre con la robusta é imponderable fuerza de la naturaleza, nuestra frente se humilla ante la inmensidad y la grandeza del Supremo Ser, autor de cuanto existe, y con respeto profundísimo saluda la obra de todo un Dios.

Pero no solo debemos á Dios el mas profundo respeto por su poder y su sabiduría inmensa, sino que amor y gratitud sin límites como autor de nuestra vida, como sosten de nuestra existencia, como único amparo en nuestras debilidades. Generosamente nos coloca en la tierra, que fecunda en extremo, ofrece al hombre comodidades y bienes infinitos, y velando el mismo Dios por nuestra felicidad, aparta de nosotros los peligros con mano previsora y nos señala el camino de llegar á la dichosa salvacion y vida eterna.

Siendo, pues, la bondad y la misericordia de Dios tan inmensas que apenas llega nuestro corazon á comprender toda su grandeza, ¿no estaremos obligados á adorarle en lo mas íntimo de nuestra alma, á agradecerle sus bondades infinitas y á tributarle nuestras mas sinceras y tiernas alabanzas?

Todos los pueblos del universo, aun los mas bárbaros é incivilizados, tributan unánimemente el culto debido al Autor de esta creacion que nos admira hasta en sus mas insignificantes moléculas. Los salvajes de la Oceania, las terribles tribus del centro de la América, los degradados hijos de los desiertos, aunque sometidos á lamentable ignorancia que les impele á ridiculos actos de despreciable idolatría, reconocen como autor del universo á un Ser infinitamente superior á los hombres, y en sus maneras bárbaras le adoran tambien y le respetan.

¿Cuánto no deberemos pues nosotros, nacidos entre pueblos cultos, poseedores de una religion que el mismo Dios nos hizo conocer por medio de su humilde Hijo, cuánto no deberemos humillarnos ante su inconmensurable grandeza tributándole continuas alabanzas?

Entre los deberes morales que tenemos que cumplir, ocupan por lo mismo el primer lugar los que se refieren al amor y gratitud la mas grande hacia el bondadoso y prepotente Ser que todo lo ha creado. No solo debemos darle gracias por nuestra existencia, por los incomparables dones que nos sirven de alimento y que abriga nuestro cuerpo, sino que debemos pedirle continúe dispensándonos su bondad infinita, no solo en nuestro favor sino en obsequio de nuestros padres, de nuestra familia, de nuestros semejantes. Debemos pedirle, rebotando de fé en su bondad y en su justicia inagotables, por nuestros bienhechores lo mismo

que por nuestros mas encarnizados enemigos, por el consuelo de los desgraciados, por la salvacion de los descreídos todos. El Padre comun de los hombres, desde su incomparable trono de gloria, oirá nuestros votos, é iluminando nuestros débiles entendimientos, nos dará la gracia precisa para no estraviarnos entre el lóbrego mar de la humanidad enorgullecida. Cuando al entregarnos al sueño ocupa nuestra mente el recuerdo de humanos delirios y de protervas ambiciones, debemos recoger nuestro espíritu y rogar al Ser Supremo por el perdon de nuestras culpas, cadena interminable, y por la felicidad de nuestras familias y de todo el género humano. No sabemos entonces si durante las tinieblas de la noche desatará nuestra alma los vínculos que la aferran á este suelo, y si deberá comparecer á los pies del Ser Supremo. Si Dios nos concede la dicha de contemplar otra vez los brillantes destellos del día sobre la tierra, concediéndonos nuevamente desconocidos términos para hacernos dignos de su divina misericordia, debemos tambien orar de nuevo pidiéndole amparo para nosotros y para todos nuestros semejantes. El que alimenta las avejillas de los bosques, el que sacia el hambre de las fieras del desierto, jamás desoye los ruegos de nuestra fé, nunca deja sin consuelo al corazon humano.

Otros deberes muy sagrados debemos cumplir tambien con nuestros semejantes. Despues del amor y de la gratitud que debemos á Dios, el cariño y el respeto á nuestros padres debe ocupar un lugar preferente en nuestros corazones. La nota de buen hijo es la joya mejor con que puede engalanarse la conciencia humana, y será siempre el buen comportamiento con nuestros padres llave preciosa para ser admitidos en las regiones celestiales.

Y en verdad, ¿cuán obligados no estamos todos á respetar y amar entrañablemente á los autores de nuestros días? A ellos lo debemos todo en la sociedad, nuestro nombre, nuestra educacion, nuestra moral, nuestra posición, todo, en fin, es obra directa de nuestros padres, ó indirecta por el cuidado que han tenido por nosotros y por las ideas que supieron imprimir en nuestra mente.

Y cuánta gratitud no requieren los cuidados que en nuestra tierna y procelosa infancia á manos llenas nos dispensaron? Despues de los sufrimientos de la madre antes de que amanezcamos á la luz del mundo, ¿qué serie de intranquilidades para criarnos, cuántos sinsabores para vernos crecer y llegar á edad menos espuesta y delicada? La madre, lo mismo que el padre, no procuran otra cosa que el desarrollo y bienestar de sus hijos mientras son pequeños, y siempre preparan con anticipacion los medios con que posteriormente puedan cubrirse nuestras necesidades. ¿Cuánto cariño, cuánto desvelo y solicitud para educarnos, para imprimirnos los conocimientos indispensables á la educacion moral y social del hombre! La idea sublime de la existencia de Dios á nuestros padres la debemos casi siempre, ellos nos ennoblecen á nuestros propios ojos haciéndonos considerar como criaturas del Ser Supremo, ellos, en fin, nos señalan las sendas del bien y del mal, y jamás nos abandonan de la mano al penetrar por el angosto sendero del porvenir oscuro. Jamás, pues, amaremos lo bastante á los autores de nuestros días para recompensarles los inmensos bienes que les debemos. Si en ellos encontraremos siempre un tesoro de amor y de ternura inextinguibles para con nosotros, si jamás en valde les pediremos consejos y auxilios generosos, nosotros no debemos mostrarnos menos agradecidos, y en toda ocasion el amor y la gratitud filial debe ser consuelo y apoyo para los padres, objeto de apre-



cio y consideracion de parte de nuestros conciudadanos, y prenda inestimable de salvacion eterna á los ojos misericordiosos del Ser Supremo.

Pero si el respeto á nuestros padres debe ser profundo é inalterable, si nuestro amor ha de ser acendrado é instiguable, nunca podremos dar tantas muestras de nuestra sumision y de nuestro cariño que cuando las enfermedades, los años ó las desgracias amenazan la existencia de unos seres tan queridos. Entonces deberemos imitar sus dulces contemplaciones y continuos desvelos para con nosotros sirviéndonos de báculo y de consuelo, con cuyos cuidados y rendidas atenciones recobren la salud ó se reanime su espíritu abatido. ¡Qué cuadro el de un buen hijo amante de sus padres! ¡Qué dicha para los padres, qué modelo de virtudes para la sociedad entera, que aureola de gloria para la frente venturosa de los hijos amorosos y obedientes!

No menos obligados estamos á amar y respetar á todos nuestros semejantes. Nuestros hermanos y parientes, nuestros maestros y nuestros amigos, deben encontrar siempre en nosotros con mas ó menos estension, pero siempre con dignidad y pureza, un pecho leal, franco y pronto á demostrarles el cariño que en su favor encierra. Las personas mayores, aquellos hombres que por sus virtudes cívicas y por sus servicios á la sociedad merecieron de ésta general aprecio, deberán ser objeto de nuestra benevolencia y de nuestro respeto. Los hombres todos, en fin, son hermanos nuestros; y sean habitantes del ardoroso continente americano, sean hijos de las nebulosas y frias regiones del Norte, siempre deben ser objeto de nuestro cariño y de nuestra consideracion.

¿Qué mas tienen para con Dios los que nacieron en las fertilisimas riberas del Betis que los que se alimentan con los frutos de los bosques impenetrables de la América? El europeo, como el árabe, como el mogol y el chino, todos son hombres como nosotros, todos son criaturas del Ser Supremo, autor de cuantas maravillas distinguen nuestros ojos, todos son hermanos y como á tales deben tratarse. Que sean unos ú otros menos ilustrados, que debamos nosotros, habitantes de las partes mas civilizadas del mundo, despejar las tinieblas de la ignorancia que rodea á los hombres incultos y salvajes, nada importa para el cariño y proteccion que les debemos. Cuando el viajero atraviesa los arenosos desiertos del Africa y cae rendido por la sed bajo los sofocantes rayos del sol que abrasa, ¿con cuánta gratitud no abrirá los labios para apagar sus mortales ansias con el agua que le ofrezca algun beduino generoso? ¿Con qué nombres tan cariñosos no saludará á su bienhechor por mas que sus religiones sean distintas, y aunque el odio humano haya lanzado entre ambos el dictado de enemigos?

Sea cual fuere la criatura humana que se nos presente á la vista, lo mismo el mendigo que el leproso, todos son hermanos nuestros, debemos amarlos, compadecerlos y socorrerlos segun nuestras fuerzas. En cuestion de benevolencia no hay condicion social alguna. Un corazon humilde y generoso será mas grande que el mezquino de quien se desdeña prestar un bien á un semejante abatido ó miserable. «Amaos cual hermanos,» he aquí la sublime sentencia del Redentor del género humano, ante cuya observancia temblarán un dia los malvados, terminarán las guerras, se quebrarán en mil pedazos las cadenas de victimas inocentes. Al templar las desgracias de nuestros semejantes, al cubrir las desnudeces del mendigo, al enjugar las lágrimas del desvalido, al saciar el hambre de justicia humana, nuestro corazon parece ensancharse y querer remontarse al cielo en alas de la

dulce é inesplicable satisfaccion de que se inunda. ¡Qué consuelo tan grato para el hombre honrado el cumplimiento de las consideraciones que todos nos debemos! Si al hacer algun bien á nuestros semejantes embarga nuestro ánimo la mas viva emocion de placer inesplicable, ¿cuánta no será nuestra satisfaccion interior al despedirnos de este mundo seguros de haber cumplido con los deberes morales que tenemos prescritos?

Nuestra patria, el país en que nacimos, debe tambien llamarnos la atencion y merece nuestro cariñoso afecto. En ella todo nos habla al sentimiento, conmoviéndonos con los recuerdos de la infancia, el bienestar del hogar doméstico, los estímulos de gloria y de heroísmo que los hechos de nuestros bisabuelos en nosotros despertaron, los vaivenes de las revoluciones sociales, las desgracias mismas, todo nos entenece é influye en que no olvidemos jamás el suelo en donde recibimos el primer ósculo materno. Si los huesos de nuestros abuelos descansan en el país desde donde por vez primera saludamos al mundo, allí se traslada nuestra imaginacion por mas que nos hallemos distantes, é inundada el alma de grata melancolía, hace mil y mil votos por la salud de la patria.

Pero este amor patrio no debe hacernos considerar como extrañas y como enemigas las demás naciones. Sobre las llanuras de la tierra como sobre los montes, al atravesar los mares como en el interior de las selvas, siempre los hombres forman la misma familia, siempre deben amarse cual hermanos. Si Dios dispensa en todas partes su divina proteccion á las criaturas, y nos ampara lo mismo al que nació en las costas del mar glacial que al que saborea los frutos de las *islas afortunadas*, ¿por qué debemos mirar con prevencion al que no es blanco como nosotros, ó se espresa con idioma diverso del que profieren nuestros labios? El amor patrio exagerado conduce á lamentables errores. Lo mismo cobija al pordiosero la choza del pastor en los risueños campos de la Italia que en las gallardas cumbres de la Siberia, lo mismo comparte el pan con el proscrito el habitante de nuestra península que los turbulentos hijos de la Tartaria y de Turquía. Todos debemos, pues, tendernos la mano de amigos.

Sin embargo, cuando se olvidan los deberes sociales, cuando los sagrados fueros de la justicia se ven hollados, lanzándose unas naciones sobre otras movidas por la ira, la ambicion ó la sed de enojosa venganza, entonces el pueblo amenazado debe defenderse y debe recibir auxilio de los demás pueblos. Si nuestra patria se ve amenazada, si lanza el gemido de la opresion ó enarbola el estandarte de la guerra para oponerse á la nacion con quien se ha roto la amistad que antes existia, entonces debemos ampararla, aumentándose nuestros deberes para con ella siempre de un modo progresivo, segun sean sus conflictos y sus necesidades.

No debemos, en fin, olvidarnos de que tenemos grandes deberes que cumplir para con nosotros mismos. Por todos los medios que tengamos á nuestra disposicion debemos instruirnos, despojarnos de las toscas corteza de la ignorancia que nos cubria si no anheláramos nuestra perfeccion moral y remontarnos al conocimiento de Dios con la consideracion piadosa de cada una de sus obras. La ilustracion de nuestro entendimiento, que alcanzaremos siendo obedientes á las insinuaciones de nuestros padres y maestros, y portándonos con modestia y virtud en todos los actos de la vida, la ilustracion, decimos, es la que nos hará felices y nos llenará de contento en esta vida. Instruidos concebire-